

Revista

de

Ciencias Económicas

Publicación mensual del Centro Estudiantes de Ciencias Económicas



Director:

Luciano Carrouché

Secretario de Redacción:

Italo Luis Grassi

Redactores:

Administrador:
Miguel G. Di Ciccio

Mario V. Ponisio
Jacobo Waisman

Mauricio E. Greffier - Agustín A. Forné
Dívico A. A. Fürnkorn - Luis Marforio

Enero-Febrero de 1916

Núms. 31-32



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
1835 - CALLE CHARCAS - 1835
BUENOS AIRES

775

208

D. 56

N. 23210

Socialismo, sindicalismo

e impuesto único

I

A la doctrina que va difundiéndose bajo el título de impuesto único, le ha faltado un nombre al que se le pudiera aplicar un *ismo*. El sindicalismo, de invención y molde genuinamente francés, está haciendo más ruido, salvo el momento histórico actual, que la idea de "l'impôt unique", de los fisiócratas. En Italia, me escribía un traductor, "traditore" de "Problemas sociales", de George, la doctrina y las obras del reformador norteamericano, están arrinconadas en las bibliotecas de los eruditos. En la República Argentina, patria del precursor práctico del impuesto único, a pesar del maravilloso ímpetu con que la idea avanza, hace muy poco que han sido desenterradas de las cenizas con que el olvido las había cubierto, las geniales leyes agrarias de Rivadavia, presentadas a los intelectuales en un brillante examen por Andrés Lamas.

En realidad el título de impuesto único no es muy feliz. Parece una simple reforma fiscal; y las reformas fiscales no han interesado nunca, más que a los técnicos. La discusión de un sistema fiscal, confundido con los sistemas de finanzas, es de lo más aburrido que se conoce. Nadie concibe la trascendencia de un sistema impositivo, ni percibe fácilmente la importancia que tiene bajo el punto de vista ético. Si a todo esto

se añaden los falsos conceptos que se atribuyen generalmente a los términos fundamentales de la economía política; se ve, claramente, por qué han cautivado más fácil a las masas y a muchos intelectuales, los postulados socialistas que comprenden los ideales de fraternidad y de equilibrio social, más todas sus promesas de igualdad y de reglamentación justiciera entre seres susceptibles de ser perfeccionados, como máquinas, rápidamente.

La doctrina del impuesto único ha sido combatida y hasta escarnecida por las masas socialistas. Hoy las cosas han cambiado. El fracaso casi absoluto, respecto al mejoramiento económico del proletariado, de todas—todas sin excepción—las medidas legislativas o sociales conseguidas por los partidos socialistas, ha modificado mucho el criterio y las aspiraciones de estos reformadores. Pero guardo bien frescas en mi memoria las discusiones poco corteses con que nos han combatido y con que, aun hoy, nos siguen atacando. Hyndmann “leader” del partido socialista en Inglaterra y Grondlund en Estados Unidos han escrito que Henry George no veía más allá de la punta de sus narices. El famoso Jaurés al salir del teatro Solís, de Montevideo, donde acababa de dar una conferencia, se rió piadosamente a coro con un ilustre “leader” del socialismo uruguayo, cuando yo le hablé de mi propaganda georgista; y por las cosas que, con tono de superioridad me expuso, adquirí el convencimiento de que ignoraba al “pobre George”. En Londres nadie ataca con más tenacidad a los “single taxers” que el socialista Chiozza-Money, diputado en la casa de los comunes, experto en estadística, eruditísimo en materia de finanzas. En uno de sus artículos escribió que él no podía oír nuestras conclusiones prácticas sin irritarse y que predicar el “single tax” era un verdadero crimen político. Hoy el ataque más importante o casi único se dirige a lo que ellos llaman en nuestro sistema “unilateralidad de concepto económico e insuficiencia del remedio propuesto”. Porque nosotros vamos solamente a redimir o libertar la tierra; ellos después de la tierra van a la redención o libertad del capital.

Y como nuestra labor es la primera etapa de la gran revolución emprendida por ellos, nos conceden el favor de acompañarnos. Gracias por el momento.

II

Hay una razón poderosa por la cual el socialista a la par que el hombre del pueblo o el intelectual educado en las ideas corrientes, no puede comprender cómo la absorción de la *renta económica*, bajo forma de impuesto sobre la tierra con la abolición de todos los demás impuestos, tenga la eficacia de una medida que cambiaría radicalmente la organización económica, social y política de cualquier sociedad.

La teoría del socialismo moderno en su forma cruda, como dice Snowden, nació en Inglaterra y en Francia en el año 1817; en aquélla, era criatura del industrialismo; en ésta, más bien filosófica. Desde el conde Enrique Saint-Simon, Fourier, Louis Blanc y Proudhon, en Francia; Owen, Ruskin, Sydney Webb, Maurice, Kingsley y Ludlow, en Inglaterra, hasta Lassalle, Engels y Marx, en Alemania, ha ido evolucionando una teoría a la que se ha aplicado el nombre de socialismo, hasta que Marx, el hombre más famoso en la historia del socialismo, formuló aquellas teorías económicas que influyeron tan poderosamente sobre el desarrollo subsiguiente de las ideas socialistas. Las obras de Lassalle y Marx reunieron alrededor de sus doctrinas elementos que agrupados como partidos socialistas, quedaron como parte permanente de la vida política de las naciones. Una serie de llamados economistas ha ido desarrollando, discutiendo, examinando y pasando por el tamiz de la crítica las teorías de estos grandes filósofos del socialismo. Y, como opina Snowden (1), "la teoría socialista no pretende hoy ser completa e *incapaz de ser corregida* tanto como las doctrinas teológicas o las teorías de ciencia natural". A este respecto añade que el socialismo no es diverso de otros grandes movimientos (2). "A los movimientos nuevos suelen asociarse grandes extravagancias, porque ellos son iniciados por hombres inspirados de gran entusiasmo e idealismo, que en un principio son como niños que van al tanteo en la obscuridad y en la obscuridad los objetos toman formas fantásticas".

No se puede negar que entre los socialistas ingleses y alemanes y franceses existe una diferencia notable. Los in-

(1) *Socialism and syndicalism* by Philip Snowden. M. P. (pág. 81).

(2) Op. cit. pág. 82.

gleses evolucionan cada día hacia algo más práctico. En realidad, ningún país ha hecho ensayo de toda la legislación indicada en el programa mínimo del partido socialista. El partido doctrinario no prescinde, con todo, de las ideas fundamentales de Marx. La terminología de capital y capitalismo hija del concepto mal definido, desde Adam Smith a todos los economistas clásicos, del significado, de las funciones y de la esencia del tercer elemento de la producción que es el capital, ha echado sus raíces profundas en el concepto técnico de los socialistas, y de éstos ha pasado al lenguaje común del hombre de negocios, del literato y del hombre del vulgo.

No sé qué porcentaje de intelectuales socialistas se animan a leer la gran obra de Marx: "Das Capital". El estilo de ella, según el mismo Snowden, no es *ni interesante ni claro*, aunque sea una verdadera enciclopedia de hechos económicos, de argumentos y de teorías. Muy pocos encuentran el tiempo y la paciencia necesarios para hacer un estudio atento de este pesado trabajo; pero el punto principal de su filosofía está condensado en el manifiesto comunista publicado en 1847, cuando Marx y Engels eran todavía jóvenes.

Las tres ideas culminantes expuestas por Marx son la teoría de la supervalía, la interpretación económica de la historia y la ley histórica de la lucha de clases. Aceptando la ley de Ricardo — según la cual el salario tiende hacia el nivel de la mera subsistencia, — pretende demostrar, o deduce, que el valor del producto del trabajador es muy superior al salario que se le paga. O, en otras palabras: el trabajador produce un "surplus", del que se apropia el capitalista, quien a su vez lo reparte con el terrateniente o con el dueño del dinero en forma de renta o de interés, respectivamente. Aquí llamo la atención de los que conocen la doctrina económica, o la economía política del impuesto único. Bajo el sistema moderno de producción, según Marx y Engels, el trabajador no puede emplearse a sí mismo, es decir, no puede trabajar por su cuenta. Debe buscar a alguien que posea instrumentos y maquinaria, que sea dueño de la tierra y de las materias primas y que tenga fácil acceso al mercado. El capital que emplea y contrata al trabajo es, para Marx, la supervalía acumulada del poder del trabajo; representa, en otras palabras, la producción anterior del trabajador de que el capitalista se ha apropiado.

La segunda teoría—interpretación económica de la historia—está tan claramente expuesta en la nueva edición del manifiesto comunista, de 1888, que es mejor transcribir un párrafo íntegro: “En toda época histórica el sistema que predomina en el régimen de la producción económica y en el intercambio, y la organización social que necesariamente surge de él, forma la base sobre la cual está construída y por la cual—exclusivamente—puede explicarse la historia política e intelectual de tal época. Por consiguiente, toda la historia humana (desde la disolución de la sociedad de tribus, que mantenía la tierra en propiedad común), ha sido la historia de la lucha de clases, entre explotadores y explotados, entre dominadores y oprimidos. De esto resulta que la historia de estas luchas de clases forma una serie de evoluciones en la que hoy se ha alcanzado un período donde la clase explotada y oprimida—*el proletariado*—no puede conseguir su emancipación de la clase dominante y explotadora—*la burguesía*—sin emancipar a la larga, en el mismo tiempo, una vez para siempre, a toda la sociedad de cualquier explotación, opresión, distinción y lucha de clases”.

La doctrina de la lucha de clases afirma que toda la historia es la historia de las luchas de clases; que la emancipación de la clase oprimida y explotada ha venido siempre de la lucha de ésta contra sus opresores y que en la época actual la única manera que permitirá a los trabajadores liberarse de la dominación capitalista, es organizarse y combatir a la clase explotadora, la cual, organizada ya para mantener y proteger sus intereses, se opondrá a las exigencias de los trabajadores. La organización en “trade unions” y las huelgas son una prueba de la lucha de clases.

Además de estas tres teorías, Marx ha hecho, desde su punto de vista, la crítica detallada de los métodos de la producción capitalista con sus previsiones sobre el desarrollo futuro del capitalismo. Es decir, por la apropiación de la supervalía y por la eliminación del pequeño capitalista por la competencia, la unidad capitalista tiende a aumentar hasta que todos los pequeños capitalistas queden destruídos o absorbidos, y la industria sería controlada nacional e internacionalmente por una inmensa unidad del capital. De esta teoría deduce la de la socialización del capital. La concentración capitalista prepara la apropiación y el dominio social del capi-

tal; en otras palabras: el capitalismo prepara el camino al socialismo.

La crítica a Marx ha sido hecha por los mismos socialistas que, atentos los resultados de investigaciones y estudios ulteriores, han modificado algunas teorías y eliminado completamente otras. Porque el problema social, dicen ellos, es mucho mayor que lo que puede abarcar cualquier individuo, y ningún hombre, por inteligente y grande que sea, ha recibido el don de exponer la verdad plena de todo lo que el problema comprende. Pero la crítica ha tenido otro criterio que el que suele inspirar a la doctrina económica en que ellos se inspiran. Es verdad que si hay una clase rica que vive ociosa y sin trabajar en el lujo, ésta vive a expensas de otra clase que trabaja. Pero los socialistas por una parte admiten que esa clase está rica por el "surplus" del valor sacado al trabajador, y por otra parte, no admiten la doctrina del manifiesto comunista en su *forma cruda*, porque dicen que la afirmación de que "toda riqueza es producida por el trabajo, no tuvo origen en los escritores socialistas"; en otras palabras, hacen distinción entre el trabajo manual y trabajo intelectual o dirigente.

Lo mismo puede decirse de la teoría de la producción económica como determinante del desarrollo de la organización social e intelectual de una colectividad. El entusiasta veterano del marxismo en Inglaterra, H. M. Hyndmann, ha modificado el aserto de Marx en la forma siguiente: "La producción económica es principal causa, pero de ninguna manera la exclusiva guía del desarrollo humano".

Es la guerra de clases la que queda como dogma del gran organismo socialista. Podrá ser atenuada desde el odio al simple antagonismo, pero mientras exista una clase rica y una proletaria, siempre debe haber luchas. Sin embargo, no es el socialismo inglés el que predica esa lucha. Snowden, que es uno de los "leaders" del socialismo en el parlamento, dice que no es la prédica de la lucha de clases la que puede fundar ese espíritu de fraternidad que debe realizar en el sentido más alto el interés de todos y de cada uno, sino la guerra contra la ignorancia, tan ciega como para creer que el actual orden de cosas es realmente el mejor para todas las clases.

El punto sobre el cual no hay discrepancias entre los socialistas, es el *mal de la competencia*; afirmando que la com-

petencia aplicada a la producción y distribución de la riqueza, está injustamente aplicada y que es la causa de interminable miseria, desgaste y ruina, y que si la competencia fuese substituída por la cooperación en la industria, el progreso sería más rápido; la suma del esfuerzo humano empleada aumentaría mucho más, y la existencia humana sería más feliz para todos.

Pero como la competencia no es totalmente perjudicial, porque los socialistas admiten que ella ha estimulado la inventiva y la organización, es necesario aplicarla de una manera más justa y distinguir entre competencia y emulación. Y entonces distinguen, según el profesor Oliver Lodge, un instinto virtuoso, sano y justo, estímulo del progreso, y la lucha del salvaje que se sienta a la mesa del hombre civilizado para arrancarle el plato de comida. La competencia es el olfateo de los perros sobre un pedazo de hueso. La emulación es el deseo de hacer una cosa mejor de lo que ha sido hecha por otros. De suerte que debido a ese degradante instinto que se llama competencia, y que pertenece, según la idea socialista, al período bajo del desarrollo de la vida, hay en todos los momentos de la producción ese desgaste y esa fuerza del capitalista, hábil e inteligente, que con la competencia va eliminando poco a poco los pequeños capitalistas hasta suprimir toda competencia hacia él y substituir la con el monopolio. Como prueba práctica de esta afirmación, los socialistas traen el ejemplo de los 35 "trusts" que se han ido formando en Estados Unidos desde 1899 hasta 1909, y de más de 50 "trusts" ingleses, que cuentan con un agregado de más de 250 millones de libras esterlinas.

De modo que el remedio económico de los socialistas está condensado en una fórmula del doctor Schaffle, aceptada por todos los socialistas como una definición razonable de sus fines. "La quinta esencia económica, dice, del programa socialista, el objeto real de su movimiento internacional es el siguiente: substituir el sistema del capital privado (es decir, el método especulativo de producción reglamentado en nombre de la sociedad por la competencia libre de privados) por un sistema de capital colectivo, o sea con un método de producción que introduciría una organización (social o colectiva) de trabajo nacional, sobre la base de la propiedad colectiva o común de los medios de producción por todos los miem-

bros de la sociedad. Este método colectivo de producción removerá el sistema presente de competencia, colocando bajo administración oficial a aquellas ramas de la producción que pueden ser manejadas colectivamente (en sociedad o en cooperación), y con éstas la distribución entre todos del producido común de todos, según la cantidad de utilidad social del trabajo productivo de cada uno" (1).

Antes, pues, de llegar a formular el argumento principal por el cual los socialistas nos llaman unilaterales, es fácil darse cuenta de cómo uno de los jefes de escuela suprime "sans gêne" y sin pereza este horrible instinto de la competencia y espera que el capitalismo industrial vaya de mano en mano condensándose en "trusts" inmensos para que después de predicar la fraternidad y el amor entre los hombres—con algunos centenares de huelgas, donde los obreros reciben la peor parte—el estado o la sociedad se apodere de ellos y los ponga, según la fórmula de Schaffle, bajo la regimentación gubernativa.

Hasta hace pocos años, hablar de la tierra a los socialistas, de la tierra en sentido económico como los georgistas la entendemos, era lo mismo que provocar sus befas. El pobre Max Hirsch, economista australiano, para probar que el mismo Carlos Marx daba alguna importancia a la tierra, tuvo que ir escarbando en la ponderosa obra "Das Capital" algunos párrafos, en los cuales Marx atribuye a la tierra la importancia que se merece. Hoy es ya otra cosa. Snowden, en la exposición que hace de la solución económica del socialismo, dice que el propósito del socialismo es hacer colectiva la propiedad de la tierra y del capital industrial, fundándose en las razones históricas sobre la injusticia de la propiedad privada de la tierra, que unida a la propiedad privada del capital industrial, producen todos los males y las desigualdades de nuestro estado social e industrial. Admite que hay una renta económica que es un producto social y que la tierra no tiene valor hasta que la sociedad no se lo da *con el trabajo*. Pero aquí aparece el por qué de la acusación de unilaterales que el socialismo nos hace: si la tierra no es el producto del trabajo, lo es la renta económica que ella rinde, así como es producto del trabajo el beneficio ("profit") y el interés del capital. Por lo

(1) Schaffle. *Quintessence of Socialism*. Cap. I.

tanto, hay similitud entre tierra y capital, puesto que los dos son apropiados para extraer riqueza sin trabajo. De manera que si los que abogan por la nacionalización de la tierra dicen que es muy oportuno adquirir los medios para apropiarse la renta económica, es muy lógico que para apropiarse de esa renta económica o incremento no ganado que el capital usurpa bajo el título de beneficio e interés, hay que nacionalizar también la fuente del capital.

Aquí viene el nudo gordiano. La distinción entre tierra y capital, dicen los socialistas, es difícil delinearla. Un ferrocarril, por ejemplo, es capital; pero mucho del ferrocarril es tierra. Cuando la tierra, siguen diciendo, se usa para fines comerciales o de negocio se vuelve capital, y lo mismo la maquinaria o la materia prima. Además, la facilidad con que una persona puede comerciar pasando de la tierra al capital y de éste a la tierra, aumenta la confusión sobre el significado de los dos en el sentido económico. Nosotros los del impuesto único, pertenecemos, según Snowden, a una escuela de anarquistas, que piden la apropiación de toda la renta económica por medio del impuesto. Pero es ilógico no apropiarse también de todo el beneficio e interés que una cantidad de dinero saca por el comercio de tierras. Los socialistas, por tanto, sostienen que no hay diferencia de carácter fundamental entre tierra y capital. *Económicamente, social y moralmente*, el landlorismo y el capitalismo dan los mismos resultados. Aquí vuelvo a llamar la atención acerca de la importancia de segundo orden que el socialismo da a la tierra. Según la doctrina socialista, el trabajador dependía mucho de la tierra antes de la evolución industrial, es decir, antes del sistema de las grandes fábricas. Si él podía asegurarse un poco de tierra, podía —afirma la doctrina—manejarse por sí solo, porque los instrumentos de su oficio eran sencillos, y después de haber satisfecho las necesidades suyas y de su familia, le quedaba bastante “surplus” para cambiarlo en el mercado con otras comodidades. Pero hoy la maquinaria costosa hace al trabajador dependiente y esclavo del gran capitalista.

Por tanto, el camino para llegar al estado socialista está condensado en la definición de Balfour, aceptada y presentada por Snowden, ampliada solamente desde el punto de vista moral y social. “El socialismo tiene un solo significado. Quiere decir y significa solamente que la comunidad o el es-

tado debe apoderarse de todos los medios de producción; que la empresa y la propiedad privada deben concluir con todo lo que las acompaña. Esto es socialismo; ninguna otra cosa puede llamarse socialismo". Pero como hay empresas que serán siempre privadas, porque pueden prestar mejor servicio que las del estado, éstas tendrán toda la libertad de prosperar bajo forma de asociaciones que no explotarían nunca al trabajador.

El impuesto es una de las armas para confiscar y apropiarse de la renta económica del terrateniente y del beneficio e intereses del capitalismo (capitalismo que, como exponen ingenuamente, es una mezcla de tierra, de dinero y de fábricas con las maquinarias). Después, por la intromisión del estado en el uso privado de la tierra y del capital, unida a la legislación que tiende a elevar el tipo de "confort" de los trabajadores, y con la práctica creciente de ir sacando a las empresas privadas las funciones y los servicios públicos, marcharía la sociedad gradualmente al estado socialista.

III

No he podido ser más breve en la exposición de la doctrina socialista. En la obra de Zoydes "Pobreza y descontento", el socialismo está expuesto en una forma más científica, si científicos pueden llamarse los conceptos económicos y filosóficos discutidos, modificados y rechazados por los mismos socialistas. Hay un sistema casi nuevo, nacido en Francia, y que los socialistas no solamente no rechazan, sino que lo aceptan como una ramificación de este vasto movimiento social y económico. Esta manifestación, que llaman una de las formas de cooperación, ha tomado el nombre de sindicalismo. De paso, diré que para el elemento conservador nunca hubo preocupaciones de importancia respecto al golpe que el socialismo podría dar a los intereses creados. Una idea concebida, o una medida propuesta, encuentran siempre la más fuerte oposición en un diario como el "Times", si la clase privilegiada corre peligro serio de perder alguno de sus privilegios. Contra los unilaterales del impuesto único, contra los proyectos económicos de Lloyd George, la prensa conservadora inglesa no sabía encontrar calificativo más suave que el de criminales. El "Times", hablando del movimiento sin-

dicalista, dice que no encuentra ningún inconveniente en el principio que lo anima. "La idea radical del sindicalismo—la del dominio y propiedad de su profesión—, no solamente no presenta inconvenientes, sino que es excelente. Es un creador de la cooperación y es la forma más racional y más realizable del socialismo".

El sindicalismo propone que el control de la producción debe ser ejercitado por los trabajadores en sus varias industrias; es decir, que los ferrocarriles deben ser manejados por los trabajadores del ferrocarril, las minas por mineros, el correo por empleados postales, y así respecto a otras industrias y servicios. Lejos de la política, piensan que los obreros tienen que apropiarse directamente del capital que ahora está en manos del capitalista.

La filosofía del sindicalismo no es bien clara. En Inglaterra hace muy pocos años hubo un pequeño movimiento sindicalista. Traduzco pocos párrafos de las resoluciones adoptadas por la conferencia general del trabajo, en el congreso de Amiens de 1906. "Independientes de todas las escuelas políticas, todos los trabajadores tienen conciencia de la lucha, tal como tiene que ser llevada para obtener la desaparición del sistema de salario..., y se colocan, por tanto, en rebelión contra todas las formas de explotación y de opresión material y moral puesta en operación por la clase capitalista contra la clase trabajadora... El sindicalismo prepara la emancipación íntegra, que solamente puede realizarse con la expropiación de la clase capitalista; recomienda como medio de lucha la huelga general, y considera que el sindicato (es decir, los "trade-unions"), que ahora es un grupo de resistencia, será en el porvenir un grupo de producción y distribución, la base de la organización social".

Pero según el "leader" socialista de cuya obra extraigo este resumen, la dificultad de entender la naturaleza y propósito del sindicalismo está en la falta de una exposición hecha por una autoridad digna de ser atendida. Porque el sindicalismo es una cosa según unos, y otra bien diferente según otros. Indiscutiblemente, el primer fin es el de organizar a los trabajadores de un oficio en una asociación, reunir después varias asociaciones en una asociación nacional, y las varias asociaciones nacionales en una internacional. Que los trabajadores consigan todo por sí mismo; la política corrom-

pe: la huelga general es la potentísima arma para luchar y destruir el capitalismo.

IV

Recapitulando: el concepto económico del socialismo consiste en la formación del capital por el "surplus" del valor e supervalía que saca al trabajador. Esta supervalía puede absorberla el capitalista por la competencia entre los trabajadores. El concepto ético es un ideal muy alto. Todos serían felices y contentos. La democracia no sería una palabra vacía; la miseria quedaría abolida, si por medio de la apropiación y regimentación de las industrias de parte del estado, la competencia, instinto brutal, fuera substituída por la emulación, instinto noble, que daría fuerza a la cooperación, y por ende, a la producción de la riqueza y a la mejor distribución de ella.

El resultado conseguido por la prédica socialista desde Carlos Marx, se puede observar en el partido democrático social alemán, que es el espectro de la clase media: formidable por su organización, e impregnado del mismo espíritu militar y burocrático que domina en Alemania. De las seis propuestas o fórmulas—diremos así—presentadas en el Reichstag, dos tendían a aumentar el control del parlamento, sin adelantarse mucho a lo que los ingleses consiguieron en el siglo XVII; y las otras cuatro se ocupaban de la reforma electoral. El fin que persiguen por la supremacía del proletariado, comprende una intervención en la vida de los trabajadores, y tal espionaje y trato con los individuos, que recuerda el régimen imperial. En Francia el partido oficial del trabajo estaba ocupadísimo con la representación proporcional y en proyectos de edificación de casas para los trabajadores con dinero recolectado con un impuesto. En Inglaterra, el fabianismo, el partido del trabajo y los progresistas, empleaban sus energías y talentos en propuestas como éstas: límite de las horas de trabajo (para nosotros, unilaterales, son simplemente horas de esclavitud), provisión de casas de lactancia con biberones higiénicos y juguetes educativos para los niños de las madres que en el *actual sistema industrial* se ven obligadas a dejarlos para ir al trabajo, "bureaux" para registrar a los que están empleados o desocupados, seguros proyectados para colocar en cier-

tos bancos parte del salario de los trabajadores en previsión de enfermedades, proyectos de ley para hacer decentes a los hombres y a las mujeres cuidándolos como a ovejitas.

He procurado hacer una exposición condensada, pero fiel de la doctrina socialista; podrán haber en ella ideas que otros socialistas refutarán; mas esto no es culpa mía. El resumen está tomado de una obrita popular, fácil, escrita por un "leader" del socialismo inglés, admirador del gran veterano, vulgarizador de Marx en Inglaterra. He leído varias obras, desde la pesadísima "Das Capital" hasta las filípicas contra nuestra miopía, de Hyndmann, de Chiozza-Money y de los socialistas y anarquistas españoles. Ni me ocupo de las diferencias que ellos delinean entre reformistas y revolucionarios. Es una falta de criterio histórico la que los divide en estos dos grupos. Lo que nadie dejará de observar es que aun a través de las fórmulas algebraicas de que abunda la obra de Carlos Marx, la investigación científica queda tan satisfecha como cuando pasa a través de las cifras estadísticas de Chiozza-Money, el cual, calculando la cantidad de carbón que se extrae de las minas de Cardiff, decía en uno de sus artículos que el carbón no es debido a la tierra, sino al capital empleado en las minas; considerando a la maquinaria y a la tierra como una sola cosa—es decir, capital—, o como si considerásemos en la tierra un espesor de pocos metros.

Aunque acepten el principio científico de la ley de Ricardo, es siempre siguiendo la economía política universitaria, que el socialismo, creyendo destruirla y reformarla, no desvía de ella ni una línea. Porque no hay diferencia substancial entre admitir que el salario baja por la competencia entre los trabajadores, y por tanto, el "surplus", después de acordarles la mera subsistencia, va a aumentar el capital, y admitir que el salario depende de la proporción entre el número de trabajadores y el capital y otros fondos dedicados a la compra del trabajo. Este es el error más colosal de la economía política escolástica; y el socialismo, en vez de corregirlo, ha construido alrededor de él una historia sentimental para explicar la formación de un capitalismo que oprime y que explota al trabajador.

Pero la dificultad más grave por la cual el socialismo no llegará nunca a convencernos, y será arrastrado solamente por la fuerza de las cosas al impuesto único, es su desconocimien-

to absoluto de la ley de la producción y distribución de la riqueza. Por más romántica que sea la historia del capitalismo, no se podrá nunca negar que los factores de la producción son: tierra, trabajo y capital. La primera, factor pasivo, y el segundo, factor activo, indispensables para producir, ya sea un alfiler, ya sea una casa, un buque o cualquier otra comodidad. El capital, que es exclusivamente trabajo acumulado, es necesario solamente en una civilización avanzada. Es verdad que sin él el hombre podría elevarse muy poco sobre el nivel del bruto, pero el capital es siempre una forma de trabajo. Una máquina, un útil para elaborar más rápidamente no son sino otra forma de trabajo más inteligente, más activo; pero siempre trabajo. De manera que no hay exageración en decir que el trabajo es productor de toda riqueza. La única distinción o separación que el socialismo hace entre el capital y los otros factores de la producción se reduce al sentimentalismo de llamar capital a aquel elemento de producción que sirve para explotar al trabajador. Una máquina de coser no es capital, si yo trabajo con ella; es capital, si con ella hago trabajar a un obrero y aprovecho de la supervalía de su trabajo. Si la presto generosamente, no es capital. Lo mismo sucede con un pedazo de tierra. Si yo la trabajo, no es capital; pero si la doy en arrendamiento y exploto de ella toda o algo más que la renta económica, entonces—a pesar de ser tierra—es capital, porque el socialismo no puede hacer diferencia entre tierra y capital. El capitalista, siguiendo el proceso evolutivo del capital descrito en la literatura socialista, llega a ser tal solamente por la perversión de un instinto que se llama competencia, y por la insaciabilidad del dueño de tierra o de los otros medios de producción, que aprovecha ese instinto entre los trabajadores para recoger la supervalía y enriquecerse. Los dos instintos perversos, la competencia y la insaciabilidad, se trocarían en emulación y amor al prójimo cuando los trabajadores educados con la huelga, con las casas obreras y con otras medidas legislativas que despertarían la conciencia del proletariado, lleguen a la deseada supremacía por evolución o por revolución.

No hay duda de que si en vez de la competencia brutal, los hombres fueran movidos por una emulación generosa y fraternal, y si los que se adueñan del producto del trabajador fueran más abnegados, navegaríamos en un mar de aceite y

el ideal socialista sería una realidad. Pero madre Natura no hace diferencia entre los buenos y los malos, cuando los factores de la producción se ponen en actividad para producir riqueza. Hay una fuerza fatal, impalpable como el éter, que permite que se rompa el equilibrio lógico y justo en el cambio de servicios, dando lugar a que el que presta menos servicios a la sociedad pueda, en cambio, recibir mucho más que el que no puede conseguir servicios equivalentes a los que él da o está dispuesto a dar. Esta fuerza, lejos de haber sido destruída o disminuída en tantos años de prédica socialista, ha sido intensificada por el progreso y por esas mismas ventajas aparentes obtenidas por los partidos socialistas. Esto no es una paradoja, ni nosotros insistimos solamente por prurito científico y teórico sobre la distinción neta de las funciones de los tres factores de la producción. Un ejemplo que he repetido hasta la saciedad, valdrá más que la exposición teórica.

Si yo fuera dueño de una extensión de tierra donde se descubriera una mina de carbón u otros minerales necesarios, el valor de esa tierra subiría extraordinariamente—surgamos a diez millones de pesos—. Los otros dos factores, capital y trabajo, quieren utilizar esta materia prima. El capital—creo que los socialistas en este caso no dejarán de distinguir el capital de la tierra—si quiere emplearse allí tiene que pagarme: o 10 millones de pesos o 600 mil pesos de renta anual, calculando el interés del 6 o|o sobre el valor capitalizado de esa tierra. El otro factor o socio que se llama trabajo, sin el cual no sería posible la actividad del capital, tiene que conformarse con lo que puede dar el capital, que colocado entre el dominio absoluto del terrateniente y las necesidades del trabajador, tiene que regatear con éste. Si el trabajo se rehusa a emplearse con él, porque la remuneración es muy pobre, el capital le contesta que vaya a buscar empleo en otra parte. Estando el resto de la tierra en manos privadas, con la obligación de pagar arrendamiento en condiciones onerosas para el trabajo, no tiene más remedio que aceptar, para evitar la muerte por hambre o por inercia. Aquí está la causa de la brutalidad de la competencia, que resulta en perjuicio del trabajador. Esa posesión privada se parece a una puerta cerrada, delante la cual se agolpa una muchedumbre en busca de empleo, mientras del otro lado de la puerta hay todo lo que el hombre necesita para producir. El instinto de la con-

servación no permite que ningún sentimiento generoso se manifieste para que todos se repartan con justicia lo que se les tira, como polenta a un jauría de perros. Algunos más fuertes o más hábiles recogerán más; otros lo que puedan; y los más débiles quedarán aplastados contra las paredes. Los socialistas podrán contestar que ellos también incluyen en su programa máximo la apertura de esa puerta: es verdad; pero la historia de su desarrollo y de las actividades desplegadas desde el célebre manifiesto de Marx y de Engels no lo prueba. Hyndmann y Chiozza-Money no han hecho más que reirse y burlarse cuando nosotros hemos propuesto libertar la tierra absorbiendo la renta económica. Hoy sí; después de haber sufrido desengaño tras desengaño, se da en Inglaterra y en estos países nuevos un paso hacia el impuesto a la renta económica; pero todavía no nos entendemos sobre que la abolición del monopolio de la tierra no solamente es el paso primero e indispensable hacia cualquier reforma, sino que tierra libre significa libertad económica completa, y sólo dentro de esa libertad podrá desarrollarse el verdadero espíritu de reforma, esto es, reforma con libertad, no reforma bajo régimen burocrático, inevitable con los métodos socialistas. Tomen como ejemplo la ley de las ocho horas, cuya importancia se exagera con tanta superficialidad. Nosotros creemos y luchamos para que el obrero trabaje lo que quiera; no ocho horas, sino seis o cuatro horas si le conviene. Pero esta facultad debe tenerla, no porque el empleado vigile a su patrón, sino por la fácil oportunidad de emplear su trabajo y con una recompensa tal que le permita no solamente una vida de "confort", sino que le dé tiempo para cultivar sus facultades morales e intelectuales. El limitar las horas de trabajo no aumenta las oportunidades para el trabajo. No toda la producción se conduce bajo el sistema de patronos y empleados; y aun cuando éste fuera el sistema predominante como en Estados Unidos, por ejemplo, la esclavitud del proletariado está muy lejos de ser abolida. Y dado el caso de que realmente los obreros que dependen de grandes patronos industriales, pudieran mejorar su condición, esta mejora de una clase no haría más que aumentar la renta económica, dejando en la más monstruosa miseria a otra clase, paradoja que se verifica siempre que se deja intacto el monopolio de la tierra.

Otra pesadilla de los socialistas es el capitalista mone-

tario. Señalando una cantidad más o menos fabulosa que no puede ser adquirida honestamente, nos indican la monstruosidad de la costumbre y de la razón económica, que hoy obliga a pagar intereses por dinero. Confiscando solamente la renta económica, queda siempre, dicen ellos, el hombre de dinero, que explota siempre al trabajador por el monopolio del dinero.

No hay duda de que hoy el dinero acumulado en manos de algunos capitalistas es *un explotador del trabajo y del capital honesto*. El socialismo no alcanzará nunca a distinguir un estado económico sin monopolios—y sobre todo sin el monopolio de la tierra—del estado económico actual que ellos llaman capitalista, porque casi siempre hay capital agregado en manos de una sola persona o de una asociación de capitalistas que poseen al mismo tiempo dinero, máquinas, edificios y tierra. Esta incomprendibilidad depende de la definición y concepto clavado en la mente de los socialistas por el maestro de los maestros, Carlos Marx. “Nosotros reconocemos (1) que mientras los medios de producción y subsistencia queden en propiedad del productor inmediato, no son capital. Se convierten en capital solamente bajo circunstancias en las cuales sirven al mismo tiempo como medios de explotación y de esclavitud del trabajador”. De suerte que si se pudiera imaginar a un propietario de una buena extensión de tierra, que poseyera buenas máquinas como para producir él solo, sin ayuda de otros trabajadores, éste no sería ni terrateniente ni capitalista según la definición de Marx. Este ejemplo no es del todo imaginario. En estos países sudamericanos existen propietarios de campos, dueños de ganado, que cierran su campo con alambrado y no necesitan peones, y con tres o cuatro miembros de su familia se dedican a la cría del ganado. En este caso no explotan directamente a ningún trabajador, porque no lo necesitan. Como deducción lógica del concepto socialista de capital, aquí desaparece el factor tierra y capital: es solamente el trabajo el que produce. ¡Qué economía política curiosa!

Volviendo al hombre de dinero y al dueño de fábrica, el socialismo lo mira en el estado económico de hoy, en el que existe el monopolio de la tierra, con la idea fija de la competencia como causa principal de la pobreza de los salarios y

(1) Carlos Marx. *Capital*. Edición inglesa, pág. 792.

no alcanza a distinguir que el poder del capitalista nace: 1.º, de la posesión de la tierra con las fuentes de riqueza inherentes a ella, que permiten adelantarse a toda competencia y elevar los precios; 2.º, de la ventaja de la gran oferta de trabajo que se ofrece a cualquier precio, porque se le niega la tierra; 3.º, del poder de monopolio que esta forma de capital adquiere por su misma grandeza cuando va concentrándose en las manos de uno solo, concentración posible solamente por las dos causas enunciadas. Si el monopolio de la tierra cesara, los patrones no podrían explotar a los trabajadores, que podrían emplearse, entonces, a sí mismos con mejor recompensa de su trabajo.

Dicen los socialistas que la tierra sin los instrumentos de producción no sería suficiente para procurar trabajo al trabajador o al proletario, y que no todos los trabajadores van a la tierra ni todos pueden ser agricultores. Si los socialistas se hubieran tomado el trabajo de profundizar un poco los preceptos económicos establecidos y elucidados por George, como nosotros hemos tenido la paciencia de tragar al ponderoso Marx, al pedante Chiozza-Money, a Grondlund, a Hyndmann, no darían latigazos en el aire.

Comparar un estado económico donde existe el monopolio de la tierra y todas las innumerables trabas puestas a la producción, con un estado económico en el que la tierra fuera libre y la producción libre; quererlo tener presente como si esa libertad económica no modificara en nada la condición del trabajo, es una manía parecida a la de aquellos economistas que no saben considerar la tierra sino bajo la faz única de la agricultura, manía de la cual participan también aquellos socialistas que pretenden legislar sobre la producción de la riqueza. "Por tierra, diremos hasta el cansancio, entendemos no solamente la superficie del globo, sino todo lo que está arriba y debajo de ella, desde el cenit al nadir. El término *tierra* comprende todas las materias, las fuerzas, los elementos naturales; las materias primas que no han sido utilizadas por el hombre". La tierra no es solamente el sitio y la substancia para criar vegetales y animales. La primera percepción de la tierra en la extensión existía solamente cuando el modo de producción dominante era la agricultura. Y por producción no se entiende solamente hacer las cosas. En sentido económico, la producción implica no solamente el primer período de la creación de

la riqueza, sino todos los períodos de transporte y de cambio, hasta que la comodidad alcanza al consumidor. Un vendedor ambulante de diarios es tan productor como el tipógrafo, el editor o el fabricante de papel, porque el objeto último de la producción es la satisfacción de los deseos humanos. Abolidas las trabas y abierta la fuente natural de la producción al trabajo, a nadie podrá faltar ni maquinaria ni instrumentos. Hoy la pequeña industria no puede competir con los grandes capitales, porque éstos gozan de todos los privilegios para explotar al trabajo, empezando por la tierra y concluyendo por la brutalidad del proteccionismo. El sistema de producción no está constituido solamente por patrones y obreros. Aunque así fuera, éstos deben someterse, porque no tienen dónde ir. Toda la legislación socialista, todas las pretendidas mejoras conseguidas por los que se llaman socialistas, no han abierto hasta hoy una sola rendija en esa puerta de bronce que niega al trabajo los elementos naturales. La mayor parte de ellos llaman una ilusión económica a nuestro anhelo de confiscar la renta económica y abolir las multas, vulgarmente llamadas impuestos, aplicadas a la producción. Supongamos que la absorción de la renta económica fuera insuficiente para cubrir los gastos del estado: — y perdonemos a estos multilaterales la ligereza con que lanzan esta afirmación — habría siempre tiempo de recabar entradas de lo que ellos llaman capitales. El trabajo está maniatado y con una mordaza. Rompamos sus cadenas dándole libertad; sabrá por sí mismo adónde dirigirse y cómo. Ciertamente es que el socialismo ha evolucionado mucho. Ha evolucionado tanto, que un "leader", en el río de la Plata, me ha dicho que el georgismo no es más que un fragmento del socialismo. Si vamos aplicando un "ismo" a todos los ideales y a todos los propósitos altos a que la humanidad ha aspirado siempre, León XIII hubiera tenido perfecta razón en reivindicar para el cristianismo los ideales del socialismo. No se trata de propósitos; se trata de métodos. Dos patriotas que desean cada uno la grandeza de su patria, pueden proceder uno con el sistema de la guerra; otro con el sistema del libre cambio. Con el pretexto de educar las masas, los "leaders" socialistas han luchado con el sistema de las huelgas, con el del salario mínimo, con el de las ocho horas y con otras medidas legislativas perfectamente inútiles, algunas de las cuales están adoptadas en Inglaterra desde 1818, sin que por esto hayan

podido abolirse la esclavitud del proletariado, la desocupación, la miseria—con todo su cortejo de vicios—y la pobreza involuntaria. Son estas las llagas sociales que subsisten todavía y con una intensidad desconsoladora, degradando la civilización allí donde el socialismo tiene más prosélitos.

Se dirá que nosotros con nuestra propaganda del impuesto único tampoco hemos conseguido nada. No hemos conseguido nada, porque nuestra propaganda ha encontrado obstáculos que recién empiezan a salvarse. El primero de todos, la tradición de la inviolabilidad de la propiedad privada de la tierra; y el segundo, la dificultad de destruir todas las ideas corrientes que dominan en la economía política escolástica y en el lenguaje común; además de la dificultad enorme de educar a las masas y a los intelectuales en el concepto de la libertad económica, base de todas las otras manifestaciones de la libertad. Los trabajadores en Alemania y en los países latinos se han refugiado bajo la bandera del socialismo y forman un cuerpo numéricamente poderoso, porque han creído conquistar una mejora en su vida material colocando a la libertad, que les hubiera dado todo, en segundo lugar. Cuando el hambre toma cuerpo y substancia, todo lo demás es una sombra. Es inútil esperar ideales elevados entre hombres embrutecidos por la miseria. Y a medida que algunos gremios consiguen algunas mejoras, se ablanda la resistencia al estado actual de cosas, se desarrolla el gusto por las comodidades abaratadas por un trabajo de esclavos, y la mente se vuelve más torpe, para preocuparse de un estado mejor y más libre. Pero la razón más importante está en que trabajadores e intelectuales han perdido—o nunca han tenido—el concepto de la libertad. No conciben que ciertas reformas sirven solamente para perpetuar la esclavitud. Cuando los representantes del estado distribuyen las pensiones a los viejos y a los enfermos, alimento y asistencia médica gratuita, u otras cosas parecidas, no hacen más que volver a distribuir entre los trabajadores el dinero que bajo forma de impuestos ha sido sacado a los mismos trabajadores, después que lo mejor de este dinero ha sido separado para pagar a los ministros que elaboraron el proyecto, a aquellos que por su influencia y autoridad sostienen a los ministros y a los proyectos, y a los numerosos empleados que recolectan esos impuestos para pasarlos de unos trabajadores a otros.

V

Los que luchamos por la verdad y por la libertad económica hemos vulgarizado y predicamos el método del impuesto único como indispensable para dar el primer paso hacia esa libertad, que es el último anhelo de la humanidad, y que por nuestra torpeza e ignorancia ha costado y está costando ríos de sangre. Buscamos difundirlo con entusiasmo; no con fanatismo. El fanatismo es la exageración y la patología del sentimiento; el entusiasmo es legítimo. Sin entusiasmo no se vence en ninguna causa. Todos aspiramos a la perfección humana, a la justicia, a la bondad, al amor entre hombres, familias y naciones. Pero las fuerzas en vez de unirse, se malgastan. Tipos como Chiozza-Money, Ramiro de Mäetzu, si no valen nada en la lucha por el bienestar humano, desvían, en cambio, al lector incauto que por pereza mental no va al fondo del problema. No dejan de sorprenderlo citando párrafos de las obras de George, con explosiones de frases lastimosas o de insultos, porque insistimos tanto sobre la reforma tributaria y no abogamos por la asistencia médica gratuita, por las ocho horas y no queremos aplicar impuestos al famoso capital. Repetiremos hasta el cansancio que “necesitamos mejores leyes y costumbres en materia de educación, de “confort”, para la salvaguardia del hogar, para el matrimonio, para la protección y educación de los niños, para que los gobernados estén mejor representados, para que sean mejores y más correctas las costumbres en la moda, en el vestir y más altos ideales rijan las relaciones sociales”.

Pero el centro de la tormenta está en las relaciones industriales. Si es verdad que los socialistas con las huelgas y con las medidas legislativas creen educar a las masas, conociendo los más sensatos de ellos que luchando con estos medios no resuelven el problema, todos, sin embargo, parten del concepto de que en el mundo no hay más que patrones y asalariados, y que solamente el trabajador manual es el productor de la riqueza, por el hecho de que está más directamente en relación con la producción de comodidades. Nosotros luchamos por el triunfo de todos, por el triunfo del hombre. A este triunfo hay que llegar con libertad, no con la regimentación burocrática. El monopolio de la tierra es el más pernicioso de todos los monopolios. La tierra es—en su sentido ver-

dadero—como todas las oportunidades naturales. una condición inherente, absoluta, indispensable para la vida; de modo que el que domina y monopoliza la tierra, domina y monopoliza la vida y el trabajo de sus semejantes.

Sin duda, además del monopolio de las fuentes naturales, hay otros monopolios que contribuyen a mantener la esclavitud industrial. Examinándolos, se verá que son monopolios auxiliares del de la tierra, y son tiránicos, o porque implican el monopolio de otras fuentes naturales o perderían todo su poder si cesara el monopolio de la tierra. Si hay socialistas que no comprenden cómo la absorción de la renta económica destruiría el monopolio de la tierra, no sabría yo indicarle otro camino que el de estudiar un poco más seriamente, o mejor, cambiar de oficio si les fuera posible. No es difícil alcanzar la grandiosa idea de que destruido el poder individual sobre la tierra, restableciendo el libre acceso a ella para todos, se acabaría con la esclavitud industrial, y con tierra suficiente y libre para su uso ningún hombre necesitaría trabajar por obligación para ningún patrón. Cada uno podría mantenerse por sí mismo, solo o en cooperación con otros, sea directamente por el alimento que produciría, o por cualquier otro producto que el suelo o la posición hicieran más remunerativo por horticultura, minería o cualquier otra ocupación. Así, esa horrible competencia, que es la espina permanente del alma socialista, podría cambiarse realmente en emulación, porque cesaría, con la libertad de la tierra, la tentación para los hombres de esclavizarse unos a otros con leyes creadas para buscar paz y orden—que nunca llegan a este valle de lágrimas. Las relaciones individuales serían menos irritantes, menos continuas, más tolerantes, y darían poca materia para dictar leyes *represivas*. Con menos riqueza arriba y menos pobreza abajo; con menos haraganes arriba, en la capa más baja habría menor cifra de crímenes, menos envidia contra los que poseen riqueza (y que hay que proteger) y desaparecería la necesidad de tantas cárceles, de policías, manicomios y ejércitos.

Además, con mejores condiciones de habitación, de trabajo y de todas las oportunidades para trabajar, no habrían tantas tentaciones o tantos pretextos para la legislación caritativa del tipo de reforma social, con su tren interminable de hospitales, sanatorios, médicos, inspectores, compañías de seguros y escuelas obligatorias.

Por suerte, hay muchos socialistas en estos países nuevos que, sin abdicar de su denominación, vienen con nosotros a la lucha por la tierra. Las depresiones industriales son una escuela elocuente para ellos. Pero les falta comprender dos cosas esencialísimas: 1.º Entre capital y monopolio hay la diferencia que existe entre un trabajador inteligente y un ladrón. 2.º Que el eje de todas las acciones humanas y de la economía política no es ni el egoísmo ni la insaciabilidad del oro, sino el principio indestructible que se encuentra en el más santo y en el más perverso, es decir, de que "cada uno busca satisfacer sus necesidades con el menor esfuerzo posible".

Nosotros comprendemos la tarea gigantesca que tenemos que cumplir. Estamos perdiendo y perderemos muchas batallas: el error nos las gana a menudo. Pero venceremos la última, y, como dice Argente, "triunfaremos".

FÉLIX VITALE.

Separar el impuesto que grava la tierra del que grava el capital incorporado al trabajo o a las mejoras de las mismas tierras, es fomentar estas mejoras decidiendo al propietario a no confiar en la valorización con que el esfuerzo extraño favorecerá a su dominio. Empezando por su moderación debe llegarse a la exoneración de todo impuesto a las mejoras que es impuesto al trabajo y conservar el que grava la tierra, a fin de combatir así, sucesivamente, los baldíos y obligar al propietario a dividir o deshacerse de la tierra que no puede trabajar. — Eleodoro Lobos.
